



Manuel Eced, cartero de Crivillén.

El cartero rural

**Beatriz Ara Comín,
Vicente Carbonell Plaza
y Pilar Villarroya Bullido**
Fotos: Pilar Villarroya

En los años 50/60 el cartero en los pueblos pequeños era el único enlace que tenían con el exterior. No existían ni los móviles ni el correo electrónico. Solo la radio proporcionaba noticias de fuera. Era, por lo tanto, la persona que nos traía las buenas o malas noticias. Solía ir caminando con su cartera a cuestas y en algunos lugares en bicicleta o en moto. Estos carteros tenían en una habitación de su casa el despacho de cartería rural a donde íbamos a recoger algún paquete u otro envío. En aquellos tiempos se escribían muchas cartas. Era prácticamente la única vía de contacto, por lo que tenían los carteros mucha más actividad que en la actualidad. Era una figura querida, entrañable y familiar, a la que siempre alguna persona preguntaba cada día: «¿Tienes algo para mí?»

Hemos entrevistado a José Escuín y Manuel Eced, dos carteros de nuestra comarca que representan a todos los demás.



José Escuín Sancho fue uno de los carteros que trabajó en Andorra en los años 50 junto a su padre y su hermano, los dos llamados Honorio. José nació en Martín del Río el 4 de diciembre de 1931, se casó con Juana Gracia Pascual, de Andorra, y tuvieron cuatro hijos.

Nos cuenta José: «Comencé a trabajar a los 15 años en Muniesa con mi padre, que era "Agente montado" (nombre de una de las categorías del servicio postal rural). Llevaba el correo desde Muniesa a Alacón y Oliete y me pagaban 360 pesetas al mes por tres horas diarias, iba en bicicleta dejando el correo a los carteros de esos pueblos, pero yo no repartía».

Cuando José tenía 17 años se trasladó con su familia a Andorra, ya que a su padre le ofrecieron la plaza de cartero del tío Antonio *el Sargentillo*, que se jubilaba.

Desde Teruel le permitieron tener dos ayudantes, que fueron sus hijos Honorio y José. Eran llamados carteros rurales y luego pasaron a denominarse «Auxiliares de clasificación y reparto» con las oposiciones que crearon para el cuerpo de carteros. Los tres combinaban el oficio de cartero con el de zapatero, ayudados a veces por el hermano menor, Ramón (en aquella época era habitual tener dos oficios).

Nos dice José: «Tuve que hacer esas oposiciones, las hice en el año 86 y al aprobarlas me trasladaron a Zaragoza, donde estuve hasta el 92, año en que me jubilé».

Mientras trabajó en Andorra, el patio de su casa en la calle La Fuente n.º 87 hacía las veces de cartería y de zapatería.

Prosigue: «El correo llegaba en el autobús de las 11,30 con cartas, paquetes, giros, periódicos... Lo llevábamos a casa, una vez en el patio lo clasificábamos por barrios y calles». También estaban autorizados para recibir y mandar giros, ya eran «Caja postal». Además, funcionaban como kiosco, ya que vendían los periódicos de la época: *Heraldo de Aragón*, *El Noticiero*, *Amanecer*, y *el Lucha*.

Nos explica: «Repartíamos todos los días de la semana excepto el domingo, pero las cartas oficiales del Ayuntamiento o de las grandes empresas como la Calvo Sotelo tenían su apartado de correos y venían a buscarlas personalmente. Nunca sabíamos las horas de trabajo de cada día, ya que dependíamos de la cantidad de correo que llegara. En épocas navideñas el trabajo era duro porque aumentaba el correo considerablemente, en estas fechas felicitábamos las

Pascuas a todos los habitantes y estos nos solían dar el aguinaldo».

En aquellos años los habitantes de Andorra tenían que llevar sus cartas a casa de José, donde estaba el único buzón del pueblo. Nos sigue contando José: «Allí recogíamos las cartas franqueadas, ya que los sellos se vendían únicamente en el estanco, hasta que se abrió la estafeta de la Sindical en la calle La Paz 1, 1.º, donde ya teníamos autorización para vender sellos, pesar las cartas y paquetes que excedían del tamaño ordinario».



Para realizar el reparto José hacía su trayecto andando. Con su cartera al hombro, que podía llegar a pesar hasta 25 kg.

Entonces no había buzones en las casas, pero casi siempre las puertas estaban abiertas y si estaban cerradas se dejaba el correo en las casas de los vecinos, que igual recogían las cartas que firmaban los giros o certificados. Había algunas personas que no sabían ni leer ni escribir y eran ayudados por otros que sabían hacerlo.

José nos dice: «Llegaban cartas de todos los lugares, pero muchas de ellas procedían de Andalucía y Extremadura, ya que en esos años la afluencia de emigrantes de estas regiones a nuestra localidad era muy grande». También repartían muchas cartas que venían de los pobres jóvenes que tenían que cumplir su

Servicio Militar, a ellos les mandaban sus novias o madres, dentro de los sobres, los sellos para que pudieran franquear las cartas de respuesta. Y añade: «Se sentía a las novias esperando a la hora del reparto mi llegada con las cartas de sus novios».



José nos dice que a veces tenía que leer y escribir las cartas porque había gente que no sabía, pero que él leyó y escribió muy pocas.

Más adelante, cuando se abrió la estafeta en el barrio de la Sindical, aumentó la plantilla; empezaron a trabajar allí Raúl Rustarazo, Leo Sobreviela, José Baeta, José Antonio López, Antonio, Gonzalo y José junto con su padre. «Y entonces -nos dice José- ya nos pusieron el uniforme de color gris».

En los barrios de Andorra se instalaron en los años 60 los primeros buzones de pie, así los barrios tenían más fácil el envío de sus cartas, estos son los buzones que existen actualmente.



Manuel Eced Estopañán nació el 3 de julio de 1912 en Crivillén. Está casado con Pilar Gracia Lacueva (94 años) y tiene dos hijos. Es uno de las más de 50 personas en la provincia de Teruel que sobrepasan los 100 años.

Su vida como cartero se inició al lado de su padre, que ya ejercía el oficio en su pueblo y él le ayudaba. Se le conocía como «el tío Correo». Oficialmente empezó a trabajar con 18 años y combinaba el trabajo de cartero con el de agricultor, ya que su familia tenía algo de tierra. Durante un tiempo también ejerció de alguacil y con trompeta y tambor iba pregonando por el pueblo.

Nos cuenta: «El reparto lo hacía caminando, el Cuerpo de Correos me cedió una moto que nunca llegué a emplear, pero ya en los años 80».

El correo llegaba a Gargallo, donde los carteros de Ejulve y Estercuel, a la vez que Manuel, recogían las sacas, ya que los paquetes de más de un kilo se recogían en Alcorisa.

Nos dice: «Iba caminando cada día desde Crivillén a Gargallo a recoger las sacas y empezaba repartiendo en los mases donde solía tener que repartir, ya que allí era donde estaban las oficinas de las minas de manganeso y tenían bastante correo, pues además de las oficinas había 24 casas. Iba con la cartera, que me podía pesar entre 7 u 8 kg, ya que diariamente se recibían más o menos 40 cartas».

Los kilómetros diarios que Manuel tenía que hacer eran siete u ocho de ida y otros tantos de vuelta, algo más si hacía el recorrido de los mases.

Los vecinos de Crivillén depositaban las cartas en su casa, que hacía las veces de estafeta de Correos y de Caja Postal. No vendía sellos, porque en Crivillén había estanco, a las cartas simplemente les estampaba el matasellos.

Manuel recuerda: «Se recibían cartas de militares, soldados y de chicas que se habían ido a servir a la ciudad, así que los novios y novias que se habían quedado en el pueblo esperaban las cartas con impaciencia. A veces tenía que dar las cartas a escondidas, porque los padres del novio o de la novia no veían bien el noviazgo de sus hijos. También repartía los periódicos, los telegramas, los certificados y las hostias para la iglesia, que llegaban en unas cajas cuadradas».

Durante diez años, que coincidieron con el reinado de Alfonso XIII, cobraba, además del salario (3 pesetas al mes), una perrica (5 cts. de peseta) por cada carta. Más adelante subieron el sueldo a 5 pts. El rey subió el precio de los franqueos, pero ya no le subió más el salario.

Las cartas llegaban de lugares muy lejanos, como Buenos Aires, Uruguay, Francia (refugiados políticos) o de zonas más cercanas, como Zaragoza o Barcelona.

A veces le ayudaba su hija, Dolores, que pudo haber seguido con la cartería, pero no quiso. A Dolores las personas que no sabían leer o escribir le pedían que lo hiciera por ellas.

Nos explica Manuel: «Las cartas las dejaba en las casas y, aunque todas estaban abiertas, siempre debía haber alguien que las recogiera. Los certificados se firmaban; si alguna persona no sabía escribir, tenía que estampar su huella dactilar».

Entre anécdotas curiosas nos cuenta que una vez en el año 40 o 41 le asaltaron unos maquis. Le quitaron la cartera buscando dinero. Se dieron cuenta de que no llevaba y le pidieron que, por favor, no le dijera nada a la Guardia Civil. Estos maquis eran conocidos en la zona, ya que eran de Palomar y de Pancrudo. Iban en grupo de entre dos y cinco muchachos. Manuel sabía de buena tinta que en las masadas de Ejulve comían caliente.

Nota necrológica: A Manuel le recordaremos con la ilusión de verse en las páginas del BCI, un sueño que no pudo cumplir; falleció el día 31 de marzo de 2013, a los 100 años.